

La pintora gijonesa que cautivó a la reina de España

El hermano de Julia Alcayde pidió a Joaquín Sorolla que se interesara por su obra, aunque por sí sola, con su calidad y dedicación, la artista expuso en toda Europa

te: «Yo le doy más dinero a mi hija para que me cuide mejor», ese tipo de corrupción. Pero en Europa la corrupción no la vemos, está por encima de nuestras cabezas. Sucede entre gobiernos, entre estados y nadie dice nada. No sé si vosotros tenéis esta costumbre: alguien viene con una buena noticia y te dice: «Oh, vi que tu hijo ganó el primer premio en la universidad, oh, gracias, toma, para tu hijo, un dinero, una tarta, lo que sea...». Es el carácter de la vida mediterránea: das a quien te da buenas noticias. Antes también se hacía al revés: mataban al mensajero de malas noticias. Esta corrupción no afecta a la economía en realidad. Pero, bueno, había la teoría de que los griegos modernos no son griegos de verdad, que la ocupación alemana... que los griegos son simios... son una gente a la que se ha intentado dar caza, a la que se ha maltratado, ocupado... y los demás también son responsables de esto. Esto me puso furioso. Y lo escribí. Y hubo planes de vender la Acrópolis. ¡Vender la Acrópolis! Y el gobierno actual es más corrupto que cualquier gobierno anterior, de la misma manera que los anteriores. Cazan a sus enemigos y promocionan a sus amigos. Así que escribí sobre esto. Y dije abiertamente en la radio: «Habláis de corrupción pero no habláis de la corrupción sueca, en la que dos familias controlan todos los periódicos, la tele y las radios. ¡Esta es la corrupción! ¡La importante! La otra, eso de darle cinco euros más a la hija, eso no es nada».

—Siente pasión por su país.

—Sí, es doloroso. Porque, como sabe, con algún tipo de paz duradera entre las clases sociales en Grecia, y entre Grecia y Europa, Grecia podría ser un paraíso. Es un país maravilloso. Bello. No es rico al modo tradicional, pero tiene metales, árboles, comida, turistas. Podría ser un país económicamente muy estable. Pero no lo es y nunca lo será porque lo que debemos a Europa y a otros, a China o a Rusia, es tanto que nunca terminaremos de pagarlo. Y las grandes economías lo dicen: «Dejad de presionar a esta gente, no van a pagar. ¡No hay dinero!». Pero quieren su dinero. Alemania nunca le pagó un dracma a Grecia por todo lo que destruyeron en los años de la guerra, que yo sepa. Y si lo hicieron fue muy poco.

—Ha escrito mucho sobre Grecia. ¿Qué no ha escrito todavía que quisiera escribir?

—Creo que lo que me gustaría hacer ahora, si tengo las fuerzas y la salud, sería un ensayo sobre lo que realmente es Grecia. Señalar lo que es. Por ejemplo, la religión, que sigue siendo muy importante en Grecia. Pero cómo de importante es para la gente y cómo para los clérigos y la burocracia. Y para el ejército. Y para la Constitución. Ese tipo de ensayo me gustaría escribir, si puedo. Y señalar algunos puntos muy concretos, por ejemplo, la misoginia, una tradición muy antigua y muy mala de Grecia. La idea del pater familias, de

que la familia es tu propiedad. La violencia contra las mujeres. La idea de que resuelves algo con una guerra. Hasta donde yo sé la guerra nunca ha resuelto nada, solo ha creado problemas. Quiero proponer una actitud distinta ante la vida, para mi país y para otros. Esto es lo que querría.

—Aquí en Madrid habló, con emoción y entusiasmo, sobre Federico García Lorca cuando le dieron la medalla de oro del Círculo de Bellas Artes. ¿Qué lección ha sacado usted acerca de Lorca y de nuestra guerra?

—Ahora he leído mucho a Lorca y sobre la Guerra Civil Española. La Guerra Civil Griega fue tan cruel como cualquier otra, pero creo que no estoy seguro de que los españoles hayan asumido este debate con seriedad. Lorca tiene un mensaje de paz en su poesía. Y de los escritores modernos que he leído, también tocan el asunto: Vargas Llosa sobre la violencia en su país, García Márquez, sobre aquel joven que murió tan pronto... de Chile, lo que ha escrito Roberto Bolaño... Puedo decir que en muchos sentidos tenemos el mismo problema que Chile, que Uruguay, que Grecia: pobreza, violencia, una clase alta que no tiene sentido ni interés en la justicia... Toda esta misoginia... Eso también lo encuentras en los libros de Lorca, lo describe con muchísima fuerza. En una palabra: tenemos problemas grandes y la única solución que encontramos es hacer la guerra. No puede haber cosa más tonta.

—En el discurso en el Círculo de Bellas Artes de Madrid dijo: «A veces el amor es más grande que el miedo». ¿Dónde se enfoca ahora su miedo?

—El amor es más fuerte que el miedo. Hay muchos casos. Mi abuela, que viajó por toda Grecia, una anciana, sin comida, sin nada, andando, buscando la cárcel en la que estaba mi padre. Al final, lo encontró en la prisión de Esparta, bastante lejos de nuestro pueblo. Y los guardias alemanes le dijeron: «No le verás». Y ella contestó al respecto: «Vale, pero me quedaré aquí, no me iré a ninguna parte». Y así lo hizo, hasta que le dejaron verlo, aunque no pudo hablar con él. Y volvió y le dijo a mi madre: «Hija, tranquila, tu marido está vivo». Es un caso de amor más fuerte que el miedo.

—Usted, Kallifatides, sigue siendo el hijo del maestro, su padre, de nombre Demetrios, siempre está presente, y los griegos se lo hacen presente cada vez que vuelve a su país.

—Sí, y orgulloso estoy de que sea así. Porque es un oficio noble ser maestro. Y la mitad de lo que soy es gracias a buenos maestros. Son mis padres mentales. Estoy orgulloso de que mi padre fuera maestro. La última vez que fui a mi pueblo había gente que había sido alumna suya y no escuché nada malo sobre él. Eso me hace feliz. Que le hayan dado mi nombre a una calle y al liceo del pueblo me importa menos. Me hace más feliz lo de mi padre.



Alicia Vallina

Son ya 120 años los que han transcurrido desde que la pintora gijonesa Julia Alcayde Montoya realizara su propio autorretrato conservado actualmente en el Museo Casa Natal de Jovellanos. Una mujer de hermosas facciones, cabello oscuro, grandes ojos negros, labios gruesos y tez blanquecina, vestida a la moda que demandaba un cambio de siglo frenético y que abría las puertas a la modernidad.

Pero, pesar de que era una especialista en la pintura de bodegones de frutas, floreros y paisajes, Julia se presentó ante el público y la crítica de arte muchos años antes de realizar ese autorretrato: en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887. A partir de entonces serían constantes sus participaciones en este certamen, con un éxito considerable y obteniendo importantes galardones. Pero comencemos por el principio.

Julia, nacida en Gijón, en 1855, era la menor de los tres hijos del matrimonio formado por el militar Manuel Alcayde y por Julia Montoya. Fue su hermano mayor Fermín quien la inició en el gusto por la pintura, pues él era un gran aficionado al género y desde siempre supo apreciar las cualidades de su hermana pequeña con el pincel.

Posteriormente, su familia se trasladó a Madrid siendo nuestra protagonista muy joven y allí entró como alumna en la Escuela de Artes y Oficios bajo la tutela del profesor Manuel Ramírez, del que Julia fue una de sus principales discípulas. Como ya comentamos con anterioridad, no dejó de participar en toda clase de certámenes y concursos, consciente que ese era el mejor modo de darse a conocer en un mundo reservado casi en exclusiva al género masculino. Sin embargo, la acomodada posición económica de su familia le permitió acceder a los círculos artísticos de su tiempo a pesar de su condición de mujer y hasta la mismísima reina María Cristina, madre de Alfonso XIII, quedó impresionada por su habilidad artística y adquirió un bodegón de frutas de su autoría en la Exposición Nacional de 1890. Fue galardonada con terceras medallas en las ediciones de 1892 y de 1895 y propuesta para condecoración en la de 1897, donde presentó otro bodegón de frutas y una hermosa composición de piezas de caza.

Pero uno de sus mayores triunfos fue, sin duda, el logro de la segunda medalla en la Nacional de



«Frutas», 1911, en el Prado, y debajo, autorretrato de Julia Alcayde, de 1903, en el Museo Jovellanos.

1899 por su obra «El puesto de mi calle» (actualmente en el Museo Casa Natal de Jovellanos) donde, además del bodegón de frutas y piezas de caza que se muestran en primer término, al fondo de la composición la autora se detiene en un paisaje rural de tonalidades claras con gran incidencia de la luz sobre la arquitectura de vivienda de casas de paredes blancas y techumbre de tejas.

Participó también en la Exposición Internacional de Chicago de 1893, donde un joven Joaquín Sorolla presentó su obra «¡Otra Margarita!», por la que recibió Medalla de Honor. Quizá Julia pudo entrar allí en contacto con el maestro valenciano, con el que su hermano Fermín tendría una buena amistad y de la que tenemos noticias gracias a una carta conservada en el archivo del Museo Sorolla de Madrid. En esa misiva, fechada el 29 de abril de 1904 y enviada a Sorolla por el hermano de Julia, este le pide textualmente al maestro valenciano que «sin valerme de otras personas por suponer sabrá usted de apreciar la recomendación directa, tengo gusto en dirigirme estos renglones rogándole se interese por las obras que mi hermana Julia tiene expuestas en el actual concurso».

Fermín Alcayde hace referencia a la Exposición Nacional de Bellas

Artes de 1904 en la que Sorolla ejerció como vicepresidente del jurado (fue Secretario General el arquitecto de su casa museo Enrique María Repullés) y presidente de la Sección de Pintura, y en la que Julia Alcayde (con residencia en el número 10 de la madrileña calle Columela) presentó siete obras recogidas en el catálogo de la muestra con los números del 29 al 35 (las tituladas «En las visitillas» y «Caza», cuatro bodegones de frutas y un retrato al pastel de la Srta. Saint-Cyr). En esta misma muestra el propio Sorolla presentaría «Después del baño».

En 1907 Julia expuso en Mú-nich, en 1910 en Bruselas, al año siguiente en Roma y en Buenos Aires y en 1912, siendo secretario de la Sección de Pintura Juan Martínez Abades, presentó en la Nacional de Bellas Artes cuatro obras: dos bodegones de frutas (obtuvo por uno de ellos una mención), uno de naranjas y fresones y una composición titulada «Navidad». El Museo Nacional del Prado conserva un bodegón de frutas fechado en 1911, legado por la autora tras su muerte, ocurrida el 18 de febrero de 1939, a la edad de 84 años.

Julia nunca dejó de pintar ni de exponer a pesar de los años, el paso del tiempo y sus achaques de salud, especialmente una importante sordera que le afectó en la última etapa de su vida. Atraída por los movimientos de vanguardia llegó a mostrar sus obras en el Salón de Otoño de Madrid, siempre fiel a los temas que la convirtieron en una de las pintoras más relevantes del periodo de entre siglos. Julia Alcayde cultivó todas las técnicas: óleo, acuarela, cera, pastel, dibujo a lápiz, y vivió dedicada a la pintura, adquiriendo en vida un gran reconocimiento que la llevó a ser nombrada socia de honor del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Soltera y sin hijos, buena parte de sus bienes fueron donados a instituciones artísticas y culturales y hoy podemos contemplarlas en numerosos museos asturianos.